

4. Y ¿quién soy yo, Señor, para que tratéis con tanto empeño de haceros amar de mí?

5. Y ¿a quién podría yo consagrar mi amor, sino a Vos, Jesús mío?

6. Heme aquí, Señor: disponed de mí como os agrade; sólo os pido vuestro santo amor.

7. Haced que antes de mi muerte sea todo vuestro.

8. Padre Eterno, por amor de Jesucristo, tened compasión de mí.

9. A Vos solo, ¡oh, Dios mío!, a Vos solo quiero, y nada más.

10. ¡Ojalá me consumiera todo entero por Vos, ¡oh, Jesús mío!, como Vos os habéis consumido por mí!

11. Si me hubiera sorprendido la muerte cuando vivía en pecado, ya no podría amaros. Ahora que aun puedo amaros, os quiero amar cuanto puedo.

12. Os consagro por entero lo que me restare de vida.

13. Quiero única y totalmente lo que Vos queréis.

14. Haced que os encuentre aplacado ¡oh, Jesús mío!, cuando os vea por vez primera.

15. Quidadme la vida antes que consentir que vuelva a ofenderos.

16. Ni Vos me abandonaréis, ni yo os abandona-re; siempre nos amaremos, ¡oh, Dios mío!, en esta vida y en la otra.

17. ¡Qué ingrato sería, Jesús mío, si os amase poco después de tantas gracias!

18. Vos os habéis dado enteramente a mí, yo me doy enteramente a Vos.

19. Vos amáis al que os ama: amadme, pues, a mí, que os amo.

20. Si os amo poco, dadme Vos mismo el amor que de mí queréis.

21. ¡Cuán obligado estoy a amaros! Haced que me sobreponga a todo para complaceros.

22. No desdeñéis el amor de un alma que os ha ofendido tanto.

23. Haced que conozca el bien inmenso que sois, para que os ame mucho.

24. Quiero amaros mucho en esta vida para amaros mucho en la otra.

25. ¡Oh, Dios eterno! Espero amaros eternamente.

26. Y ¡quién siempre os hubiera amado! ¡Así hubiera yo muerto antes que ofenderos!

27. Os entrego mi voluntad, mi libertad dispone de mí como fuéreis servido.

28. Mi único contento es contentaros a Vos, Bondad infinita.

29. ¡Oh, Dios mío! Gózome de que seáis infinitamente dichoso.

30. Vos que sois todopoderoso hacedme santo.

31. Cuando huía de Vos, me habéis buscado y me habéis amado cuando menospreciaba vuestro

amor: no me abandonéis ahora que os busco y os amo.

32. Sea hoy el día en que me consagre enteramente a Vos.

33. Imponedme cualquier castigo, pero dejadme amaros.

34. Bendita sea vuestra misericordia que aun me da tiempo de amaros.

35. Os amo, Jesús mío; os amo y espero acabar la vida repitiendo: Os amo, os amo.

36. Quiero amaros sin restricciones ni reservas y hacer todo lo que entienda os es agradable.

37. Prefiero vuestro gusto a todos los gustos del mundo.

38. Acepto cualquier trabajo con tal que os ame, ¡oh, Dios mío! ¡Ah! Y ¡quién me diera poder morir por Vos, Jesús mío, que os habéis dignado morir por mí!

39. ¡Ojalá pudiera haceros amar de todos los hombres, como Vos lo merecéis!

40. ¡Oh, Voluntad de Dios! Tú eres mi amor.

41. ¡Oh, Dios de amor! Abrasadme en amor.

42. ¡Oh, María! Atraedme totalmente a Dios.

43. Haced, Madre mía, que implore siempre vuestro socorro y protección: a Vos os toca hacerme santo, de Vos lo espero.

DEVOTAS ORACIONES

PARA ALCANZAR LAS GRACIAS NECESARIAS PARA SALVARSE.

I.

Oración que deberá hacerse cada día.

Eterno Padre, vuestro Divino Hijo nos ha prometido que nos concederíais todas las gracias que os pidiéramos en su nombre; pues, en nombre y por los méritos de Jesucristo, os pido para mí y para todos los hombres las siguientes gracias:

Dadme una *fe viva* en todo lo que me enseña la Santa Iglesia Romana, y juntamente vuestras divinas luces, para conocer cuán vanos son los bienes de este mundo y cuánta la grandeza del Bien Infinito, que sois Vos; la fealdad de mis pecados, para humillarme y detestarlos como debo, y el mérito de vuestra bondad, para que yo os ame de todo corazón. Dadme también a conocer el amor que me habéis tenido, para que de hoy en adelante procure mostrarme agradecido a tanta bondad.

Concededme una *gran confianza* en que vuestra misericordia, por los méritos de Jesucristo y por la intercesión de María Santísima, me ha de otorgar el perdón de mis pecados, la santa perseverancia, y finalmente la gloria del Cielo. Concededme un *gran*

amor a Vos, que me desprenda de todos los afectos terrenos y de mí mismo, de modo que sólo a Vos ame y no busque ni desee otra cosa que daros la gloria que os es debida.

Dadme una *perfecta resignación* a vuestra voluntad, para que acepte con ánimo tranquilo los dolores, las enfermedades, los desprecios, las persecuciones, el desconsuelo o aridez de espíritu en la oración, la perdida de los bienes, de la estimación, de los parientes y cualquiera otra cruz que me viniere de vuestras manos. A Vos me ofrezco todo entero para que hagáis de mí y de cuanto me pertenece lo que sea de vuestro agrado; pero dadme luz y fuerza para cumplir todos vuestros divinos deseos; en la muerte especialmente, ayudadme a ofreceros el sacrificio de mi vida con todo el afecto de mi corazón, en unión del gran Sacrificio que de la suya os hizo Jesucristo en la Cruz sobre el Calvario.

Concededme un *dolor tan grande* de mis pecados, que me haga vivir siempre arrepentido y llorar hasta la muerte los disgustos que os he dado a Vos, ¡oh, Sumo Bien!, que sois digno de infinito amor y me habéis amado tanto. Os ruego me concedáis el espíritu de verdadera *humildad y mansedumbre*, que me haga abrazar con ánimo sosegado, y aun recibir con gusto, cualquier desprecio, ingratitud y mal tratamiento, que me viniere de los hombres; y con esto os pido una perfecta *caridad*, que me haga desear

bien a quien me haya hecho mal y favorecer del modo que me sea posible, por lo menos rogando por ellos, a todos los que me hicieren alguna ofensa.

Dadme, os suplico, tan grande amor a la virtud de la santa *mortificación*, que me haga castigar mis sentidos rebeldes y contrariar mi amor propio; y juntamente os pido me deis la *santa pureza*, haciéndome triunfar de todas las tentaciones deshonestas, recurriendo siempre a Vos y a vuestra Santísima Madre María. Dadme la *gracia de obedecer* puntualmente las disposiciones de mi director espiritual y las de todos mis superiores.

Dadme una *intención recta*, para que todo lo que hiciere o deseare sea para vuestra gloria y para daros gusto. Dadme una *gran confianza* en la Pasión de Jesucristo y en la intercesión de María Inmaculada. Concededme un ardiente *amor al Santísimo Sacramento del altar* y una tierna y constante *devoción a María Santísima*, vuestra Santa Madre. Sobre todo, concededme el don de la *perseverancia* y la gracia de pedírosla siempre, y especialmente en las tentaciones y en la hora de la muerte.

Os encomiendo también las benditas ánimas del Purgatorio, mis parientes y bienhechores, y de un modo especial, todos los que me aborrecen o me han hecho alguna ofensa; os pido les paguéis con bien el mal que me hacen o me desean. Os encomiendo, en fin, los infieles, los herejes y todos los

pobres pecadores; dadles luz y fuerza para salir del pecado.

¡Oh, Dios amabilísimo! Daos a conocer y haceos amar de todos, pero especialmente de mí, que más que ningún otro os he sido ingrato, para que por vuestra bondad llegue un día a cantar eternamente en la Gloria vuestras misericordias, como lo espero, confiado en los méritos de la sangre preciosísima de vuestro Hijo y en el patrocinio de María.

¡Oh, Madre de Dios, María Santísima! Rogad a Jesús por mí. Así lo espero, así sea.

II.

Oración a Jesucristo para implorar su santo amor.

¡Oh, Amor mío Crucificado! ¡Oh, amabilísimo Jesús mío! Creo y confieso que sois el verdadero Hijo de Dios y Salvador del mundo; os adoro desde el abismo de mis miserias, y os doy gracias por la muerte que habéis querido sufrir para alcanzarme la vida de la gracia. ¡Oh, el más fiel de todos los amigos, el más amoroso de todos los padres, amado Redentor mío! A Vos debo mi salvación, mi alma, mi cuerpo y todo cuanto soy y tengo; por Vos he sido librado del infierno; por Vos he recibido el perdón de mis pecados; por Vos he alcanzado la esperanza de la Gloria; y yo, ingrato, después de tantas

misericordias y finezas especiales de amor, en vez de amaros, he vuelto a ofenderos.

Bien veo que, en castigo de tanta ingratitud, merecía ser condenado a no poder amaros en adelante; pero no, Jesús mío: enviadme cualquier otra desgracia y no ésta. Si hasta aquí he menospreciado vuestra amistad, ahora os amo y deseo amaros con todo mi corazón. Mas bien sabéis que, sin el auxilio de vuestra gracia, yo nada puedo. Y pues que me mandáis que os ame y me ofrecéis toda clase de gracias, siempre que os las pida en vuestro nombre; confiado en vuestra bondad y en la promesa que me habéis hecho diciendo: «*Si algo Me pidiéreis en mi nombre, Yo lo haré*» (51), pobre cual soy, me presento al trono de vuestra misericordia, y por los méritos de vuestra Pasión os pido el perdón de todos mis pecados, de los que me arrepiento con toda mi alma, por haberos ofendido a Vos, Bondad infinita. Perdonadme, pues, y juntamente con el perdón dadme la santa perseverancia hasta la muerte; y concededme entretanto el don de vuestro santo amor.

¡Ah, Jesús mío, esperanza mía y único amor mío, mi vida, mi tesoro y todo mi bien! Derramad sobre mi alma aquella luz de verdad y aquel fuego de amor que habéis venido a traer al mundo; iluminadme para que conozca cada día con más perfección las bellas cualidades que

(51) *Si quid petieritis Me in nomine meo, hoc faciam.* (*Jn.*, XIV, 14.)

os hacen tan digno de ser amado y el amor inmenso que me habéis demostrado queriendo padecer tanto y morir por mí. Haced que permanezca en mí aquel amor con que os ama vuestro Eterno Padre; y así como Él está en Vos y es una misma cosa con Vos, así también, por medio de un verdadero amor, esté yo en Vos, y por una perfecta unión de voluntad, sea con Vos una misma cosa. Concededme, pues, ¡oh, Jesús mío!, la gracia de que os ame con todo mi afecto y os ame siempre, y siempre os pida la gracia de amaros, para que, acabando la vida en vuestro amor, vaya al Cielo a amaros con un amor más puro y más perfecto, poseyéndoos sin poder perderos por toda la eternidad. Amén.

¡Oh, Virgen Santísima, Madre del *Amor Hermoso*, mi Madre, mi Abogada y mi esperanza después de Jesucristo! Vos que sois la criatura más amante de este Dios y nada deseáis tanto como verle amado por todas las almas; ¡ah!, por el amor de este Hijo, muerto delante de vuestros ojos para mi salvación, rogadle por mí y alcanzadme la gracia de amarle siempre con todo mi corazón: esta gracia por Vos la pido y de Vos la espero. Amén.

III.

Oración para pedir la perseverancia final.

Sumo y Eterno Dios, yo os adoro humildemente y os doy gracias por haberme criado y redimido por

medio de mi Señor Jesucristo; por haberme hecho hijo de la Santa Iglesia; por haberme esperado y llamado a penitencia cuando por mi desgracia estaba en pecado; por haberme perdonado tantas veces; por haberme preservado de tantas otras culpas en que yo hubiera caído si no me hubiéreis socorrido con vuestra gracia. Pero, Señor, mis enemigos no dejarán de tentarme hasta la muerte, y si Vos no me asistís, volveré a ofenderos más que antes; por amor, pues, de Jesucristo, concededme el don de la perseverancia. Jesús nos ha prometido que Vos no dejaréis de concedernos cualquiera gracia que os pidieramos en su nombre; pues en nombre y por los méritos de este Hijo vuestro, os pido la gracia de no separarme ya nunca de Vos; y esta gracia os la pido también para cuantos gozan al presente de vuestra amistad. Yo estoy cierto que si soy constante y fiel en pediros la perseverancia, la obtendré; porque Vos habéis prometido oír al que os pida. Mas esto es lo que yo temo; temo dejar de encomendarme a Vos en alguna tentación, y así perderos. Esta gracia, pues, os pido en nombre de Jesús y María: la gracia de no dejar de pediros. Concededme que en las tentaciones siempre recurra a Vos, invocando los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Así, Dios mío, ciertamente espero morir en vuestra gracia y llegar a amaros en la Patria Bienaventurada, en donde estaré seguro de no separarme más de Vos y de amaros por toda la eternidad. Amén.

IV.

Oración para pedir la gracia de orar siempre.

¡Oh, Dios de mi alma! Yo confío en que, por vuestra bondad infinita, estoy a la hora presente en vuestra gracia, y me tenéis perdonados todos los pecados con que os he ofendido. Gracias os doy por ello de todo corazón, y espero *cantar eternamente vuestras misericordias.* (52) Conozco que la causa de mis caídas han sido mi descuido en recurrir a Vos en mis tentaciones y pediros la santa perseverancia. Hago ahora el firme propósito de encomendarme siempre a Vos en adelante, y muy en particular cuando me vea en peligro de recaer en el pecado. Propongo recurrir siempre a vuestra misericordia, invocando los santísimos nombres de Jesús y de María, seguro de que, si oro, no dejaréis Vos de darme la fuerza que necesito para resistir a mis enemigos. Tal es mi resolución, a la cual os prometo ser fiel durante toda mi vida. Pero ¿de qué me servirán estas promesas, ¡oh, Dios mío!, si Vos me dejáis de la mano y no me ayudáis con vuestra gracia a cumplir mi buen propósito de recurrir a Vos en todos mis peligros? Ayudadme, pues, ¡oh, Eterno Padre!, ayudadme por el amor de Jesús y no permitáis que jamás me descuide en enco-

(52) Misericordias Domini in æternum cantabo. (Ps. LXXXVIII, 2.)

mendarme a Vos cuando la tentación me asalte. Seguro estoy de obtener vuestro auxilio siempre que os lo pida; mas temo que, llegado el caso, no piense en acudir a Vos, y esa negligencia mía sea la causa de mi desgracia, es decir, de la pérdida de vuestra gracia, que es la desgracia mayor que acontecerme puede. ¡Ah! Yo os suplico, Señor, por los méritos de mi Redentor Jesucristo, me otorguéis la gracia de orar, pero una gracia poderosa que me haga orar siempre y orar como es debido.

¡Oh, María, Madre mía! Siempre que he implorado vuestra protección, me habéis alcanzado el socorro necesario para no caer. Ahora recurro a Vos a fin de que me alcancéis una gracia mayor, cual es, la de que hasta el fin de mi vida me encomiende en todas mis necesidades a vuestro Divino Hijo y a Vos. ¡Oh, Reina mía! Vos alcanzáis de Dios cuanto le pedís. Os ruego que por el amor que tenéis a Jesucristo, pidáis para mi la gracia de orar bien y no dejar de orar hasta la muerte. Amén.

PARA EL DÍA DE RETIRO ESPIRITUAL.

Protesta para bien morir.

Dios mío, postrado humildemente en vuestra presencia, os adoro y quiero hacer esta protesta como

si ya me hallase próximo a pasar de esta vida a la eternidad.

Dios y Señor mío, porque Vos sois verdad infalible y lo habéis revelado a la Santa Iglesia, creo el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas distintas y un solo Dios verdadero, que en la eternidad premia a los justos con la Gloria y castiga a los pecadores con el infierno. Creo que la segunda Persona, que es el Hijo, se hizo hombre y murió por salvar a los hombres; y creo todo lo demás que cree la Santa Madre Iglesia. Os doy gracias por haberme hecho cristiano y protesto que en esta santa fe quiero vivir y morir.

Dios mío y esperanza mía, fiado en vuestras promesas, espero de vuestra misericordia, no por mis méritos, sino por los de mi Señor Jesucristo, el perdón de los pecados, la perseverancia en vuestra gracia y, después de esta miserable vida, la eterna Gloria. Y si el demonio me tentara en la hora de la muerte, para hacerme desesperar a la vista de mis pecados, protesto que quiero siempre confiar en Vos, Señor mío, y morir abandonado en los brazos de vuestra piadosa bondad.

¡Oh, Dios mío, digno de un amor infinito! Os amo con todo mi corazón; os amo más que a mí mismo y protesto que quiero morir formando un acto de amor, para poder seguir amándoos eternamente en el Cielo, y para esto imploro desde ahora vuestra gracia.

Y si hasta aquí, en lugar de amaros, he menospreciado vuestra bondad infinita, Señor y Dios mío, me arrepiento de ello con toda mi alma, y protesto que quiero morir llorando y detestando las ofensas que os he hecho. Propongo de hoy en adelante antes morir que volver a pecar; y por vuestro amor perdono a todos los que me han ofendido.

Dios mío, acepto desde ahora la muerte y todos los dolores que la han de acompañar; los uno a los tormentos y a la muerte de Jesucristo, y os los ofrezco en obsequio de vuestro supremo dominio, y en satisfacción de mis pecados. Recibid, Señor, este sacrificio que os hago de mi vida por amor de aquel gran Sacrificio que os hizo vuestro Divino Hijo de Sí mismo sobre el altar de la Cruz: y desde este momento para la hora de mi muerte me resigno totalmente a vuestra divina voluntad y protesto que quiero morir diciendo: «Hágase, Señor, tu voluntad.

Virgen Santísima, Abogada y Madre mía, María: después de Dios, Vos sois y seréis mi esperanza y consuelo en la hora de mi muerte. Desde ahora recurro a Vos y os ruego me asistáis en aquel trance. Amada Reina mía, no me abandonéis en aquel último momento; venid entonces a recibir mi alma y a presentarla a vuestro Hijo. Os espero y espero morir bajo vuestro amparo y abrazado a vuestros pies.

Glorioso Protector mío, San José, San Miguel Arcángel, Angel de mi Guarda, Santos mis Aboga-

dos, ayudadme en aquel ultimo combate con el Infierno.

Y Vos especialmente, Amor mío Crucificado, Vos, Jesús mío, que para alcanzarme una buena muerte habéis querido sufrir muerte tan amarga, acordaos entonces de que soy una de vuestras ovejas, a quienes habéis comprado con el precio de vuestra sangre. Cuando todos los de la tierra me hayan abandonado y nadie pueda ayudarme, Vos sólo podréis consolarme y salvarme, haciéndome digno de recibiros por Viático y no permitiendo que os pierda para siempre y para siempre vaya a estar lejos de Vos en el infierno. Amado Redentor mío, recibidme entonces en vuestras llagas, puesto que ya desde ahora me abrazo a Vos y protesto que en el ultimo momento de mi vida quiero entregar mi alma en la Llaga amorosa de vuestro Costado, diciendo desde ahora: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía; Jesús, José y María, recibid en aquel instante el alma mía.»

III.

MÁXIMAS ETERNAS

O SEA,

MEDITACIONES PARA CADA DÍA DE LA SEMANA.

Actos preparatorios.

1º.- *Aviva la fe*, alma mía, considerando que estás ante la Majestad de Dios; ponte en la presencia de esa Soberana Majestad y adórala con la más profunda reverencia.

2º.- *Humíllate* a los pies de este tu Dios y pídele perdón de todas tus pasadas infidelidades con sinceridad de corazón.

3º.- *Implora sus luces* por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo; y luego encomiéndate a la Santísima Virgen y a los Santos rezando un *Avemaría* y un *Gloria*.

Lee despacio la meditación y, después de cada punto, considera la máxima eterna que acabas de leer. Terminada la consideración, toma la resolución de corregirte de tal y tal vicio o defecto, haciendo por ultimo los actos que siguen.

MEDITACIÓN PARA EL DOMINGO.

Del fin del hombre.

I.

Considera, alma mía, que el ser que tienes te lo ha dado Dios, criándote a su imagen y semejanza, sin ningún mérito tuyo. Te ha adoptado por hijo en el santo bautismo; te ha amado más que si fuera tu padre y te ha criado con el fin de que le ames y sirvas en esta vida para después gozarle en la Gloria. De modo que no has nacido ni debes vivir para gozar, para hacerte rico y poderoso, para comer, beber y dormir, como los brutos animales, sino tan sólo para amar a tu Dios y conquistar la eternidad bienaventurada.

El Señor ha puesto las criaturas a tu servicio, para que te ayuden a conseguir tan glorioso fin.

¡Oh, infeliz de mí, que en todo he pensado menos en el fin para que fui creado! ¡Padre mío, por el amor de Jesús haced que empiece vida nueva, del todo santa y en todo conforme con vuestro divino querer!

II.

Considera que, en la hora de la muerte, experimentarás grandes remordimientos, si no hubieses

empleado la vida en servir a Dios. ¡Cuán grande será tu tormento, si, al fin de tus días, en aquella hora suprema, llegares a conocer que todas las grandezas y placeres, todas las riquezas y glorias no eran sino un poco de humo! Te asombrarás al ver que por unas bagatelas, por cosas vanas, has perdido la gracia de Dios y tu alma, sin poder remediar el mal que hiciste y sin tener tiempo de volver al buen camino. ¡Oh, desesperación! ¡Oh, tormento del alma! Entonces comprenderás cuánto vale el tiempo; mas ya será tarde: querrás comprarlo a precio de sangre, pero no podrás hacerlo. ¡Oh, día amargo para quien no ha servido y amado a Dios!

III.

Considera cuánto se descuida este fin tan importante. Se piensa en acumular riquezas, en asistir a banquetes, en divertirse, en pasar alegremente los días, y no se piensa en servir a Dios ni en salvar el alma; y se mira el eterno destino como cosa de poca monta. Por eso, la mayor parte de los cristianos, divirtiéndose, cantando y banqueteando se van al infierno. ¡Oh, si supieran lo que quiere decir *infierno*! ¿Tú, alma desventurada, que haces tanto para condenarte, no quieres hacer nada para salvarte? -«¡Infeliz de mí -exclamaba al morir un secretario del rey de Francia, Francisco I- infeliz de mí! ¡He

gastado tanto papel en escribir las cartas de mi príncipe, y ni siquiera he usado un pliego para escribir en él mis pecados y hacer una buena confesión!» ¡Ojalá -decía en el mismo trance Felipe III, rey de España- ojalá que antes que ser rey, hubiera servido a Dios en un desierto!» Mas, ¿de qué sirven en aquella hora semejantes suspiros y lamentos, sino de mayor desesperación? Aprende en cabeza ajena a vivir solícito de tu salvación, si no quieres experimentar la misma suerte. Sábete que cuanto dices, haces o piensas, fuera de lo que Dios quiere de ti, todo es perdido. ¡Ea, vamos! Ya es tiempo de mudar de vida. ¿Querrás, por ventura, esperar, para desengañarte, al momento de la muerte, cuando estés a las puertas de la eternidad sobre el borde del infierno y cuando no haya lugar para la enmienda?

¡Dios mío, perdonadme! Ya os amo sobre todas las cosas. Me arrepiento sobre todo mal de haberos ofendido. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN PARA EL LUNES.

De la importancia del fin del hombre.

I.

Considera, ¡oh, hombre!, cuánto te va en conseguir tu gran fin. Te va el todo; pues, si lo consigues,

te salvarás, serás para siempre dichoso, gozarás en tu cuerpo y en tu alma toda suerte de bienes; pero, si lo malogras, perderás alma y cuerpo, perderás el Cielo, perderás a Dios; serás eternamente desgraciado, porque te condenarás para siempre. Luego el negocio de los negocios, el único importante, el sólo necesario, es servir a Dios y salvar el alma. Por lo tanto, cristiano, no digas: «Ahora quiero satisfacer mis gustos; después me consagrará a Dios y espero salvarme.» Esta esperanza vana ha precipitado en el infierno a muchos que decían esto mismo, y ahora están condenados sin remedio. ¿Cuál de los réprobos ha querido en vida condenarse? Ninguno, por cierto; pero Dios maldice al que pecha, fiado en su misericordia. *«Maldito sea el hombre que pecha con esperanza.»* (53) Tú dices: «Quiero cometer este pecado y luego lo confesaré.» Pero, ¿sabes si tendrás tiempo para ello? ¿Quién te asegura que no morirás repentinamente después del pecado? Es cierto que, pecando, pierdes la divina gracia; pero ¿es igualmente cierto que volverás a recobrarla? Dios usa de misericordia con los que le temen, mas no con los que le menosprecian (54): *«Su misericordia se extiende... a todos los que le temen.»* (55) No digas tampoco: «Lo mismo me da confesar dos pecados que

(53) *Maledictus homo, qui peccat in spe.*

(54) *Et misericordia ejus... timentibus eum.* (*Lc.*, I, 50.)

(55) *In plenitudine peccatorum puniar* (*Mach.*, VI, 14)

tres.» No; porque bien pudiera suceder que Dios estuviera dispuesto a perdonarte dos y no a perdonarte tres. Dios sufre con paciencia, pero no siempre. Cuando se llena la medida, no perdona más, sino que castiga al pecador con la muerte, o le abandona: de modo que añadiendo pecados a pecados, se precipitará en el infierno. ¡Castigo mucho peor que la misma muerte!

Hermano mío que esto lees, ándate con cuidado, deja la mala vida y conságrate al servicio de Dios; teme no sea este el último aviso que Dios te envía; basta lo que le has ofendido, mira que es mucho lo que te ha sufrido, teme que otro nuevo pecado mortal no te sea perdonado. Advierte que se trata de tu alma y de tu eternidad. ¡Oh! ¡A cuántos no ha hecho abandonar el mundo, llevándolos a los claustros, grutas y desiertos, este gran pensamiento de la eternidad.

¡Ah! ¡Pobre de mí! ¿Qué fruto he sacado de tantos pecados como he cometido? Angustiar el corazón, oprimir el alma y el haber perdido a Dios y merecido el infierno. ¡Ah, Dios mío y Padre mío! Convertidme y aprisionadme con vuestro amor.

II.

Considera que este negocio es por desgracia, el más descuidado de todos los negocios. En todo se piensa, menos en salvarse. Para todo hay tiempo, menos para

servir a Dios. Dígase a un hombre mundano que frecuente los Sacramentos, que haga siquiera media hora de oración mental cada día; responderá: «Tengo hijos, tengo familia, tengo intereses, tengo otros quehaceres». Pero, desgraciado, ¿no tienes también alma? ¿Piensas que tus riquezas, tus hijos ni tus parientes te podrán ayudar en la hora de la muerte, ni menos librarte del infierno si tienes la desgracia de condenarte? No te lisonjees de poder conciliar a Dios con el mundo, al Cielo con el pecado. La salvación no es un negocio que se haya de tratar con flojedad; preciso es que te hagas violencia y que te esfuerces, si quieres ganar la corona inmortal. ¡Cuántos cristianos se lisonjeaban de poder más tarde servir a Dios y de este modo salvarse, y sin embargo están ahora en el infierno! ¡Qué locura tan grande pensar siempre en lo que tan pronto acaba y tan raras veces en lo que no tendrá fin! ¡Ah, cristiano! Mira por ti mismo; piensa que en breve has de abandonar este mundo y entrar en la Eternidad. ¡Pobre de ti, si te condenas; pues jamás podrás remediar tu desgracia!

III.

Considera, cristiano, y díte a ti mismo: «Tengo un alma sola: si la pierdo, lo he perdido todo. Tengo un alma sola: si logro ganar el mundo condenándola, ¿de qué me servirá tan gran ganancia? Si llego a ser una persona ilustre, pero pierdo mi alma, ¿de

qué me aprovechará mi elevación? Si acumulo riquezas, si aumento mi hacienda, si engrandezco mi familia, y con todo pierdo mi alma, ¿de qué me servirá todo eso? ¿Qué aprovecharon las riquezas, los placeres, las vanidades, a tantos que vivieron en el mundo, ahora que sus cuerpos son polvo y ceniza en la sepultura y sus almas están condenadas en el infierno? Si, pues, mi alma es sólo mía, si no tengo sino una, y si perdiéndola una vez, la pierdo para siempre, he de pensar seriamente en salvarla. Este es un punto de suma importancia; porque se trata de ser siempre feliz o siempre desgraciado.

¡Oh, Dios mío!, lo confieso y me confundo hasta aquí he vivido como ciego; me he alejado mucho de Vos; no he pensado en salvar esta mi única alma. Salvadme, ¡oh, Padre mío!, por amor de Jesucristo. Me conformo con perderlo todo, con tal que no os pierda a Vos, ¡oh, Dios mío!

¡María, esperanza mía, salvadme con vuestra intercesión!

MEDITACIÓN PARA EL MARTES.

Del pecado mortal.

I.

Considera cómo, habiendo sido creado por Dios para amarle, con infernal ingratitud te has rebelado

contra Él, tratándole como enemigo, menosprecian-
do su gracia y su amistad. Sabías que con el pecado
le dabas un grandísimo disgusto, y, sin embargo, lo
has cometido.

¿Qué hace el que peca? Vuelve a Dios las espal-
das, le pierde el respeto, levanta la mano para herir-
le y aflige su divino Corazón. *Y contristaron el es-
píritu de su Santo* (56) El que peca, dice a Dios con
sus obras: «Aléjate de mí, no quiero obedecerte, ni
servirte, ni reconocerte por mi Señor, ni tenerte por
mi Dios. Mi Dios es el placer, el interés, la vengan-
za.» Así hablaste en tu corazón cuando preferiste a
Dios la creatura.

Santa María Magdalena de Pazzis no podía creer
que un cristiano fuese capaz de cometer un pecado
mortal con plena advertencia. Y tú, lector amado,
¿qué dices? ¿Cuántos pecados no has cometido ya?

¡Oh, Dios mío! Perdonadme y tened piedad de mí.
Os he ofendido, bondad infinita. Aborrezco mis peca-
dos, os amo y me arrepiento de haber cometido la tor-
peza de injuriaros ¡oh, Dios digno de infinito amor!

II.

Considera cómo Dios te decía cuando pecabas:
«Hijo mío, yo soy tu Dios, que te crié de la nada y

(56) Et afflixerunt spiritum Sancti ajus.(Is., LX111,14.)

te redimí con mi sangre; yo te prohibo, so pena de incurrir en mi desgracia, cometer este pecado». Mas tú, pecando, decías a Dios: «Señor, yo no quiero obedecerte, quiero hacer mi gusto, y nada me importa desagradarte ni perder tu gracia» - *Dijiste: No Te quiero servir.* (57)

¡Ah, Dios mío! He aquí lo que yo he hecho tantas veces. ¿Cómo habéis podido sufrirme? ¡Ojalá hubiese muerto antes de haberos ofendido! Ya no quiero disgustaros más; ya os quiero amar, ¡oh, bondad infinita! Dadme la perseverancia, dadme vuestro santo amor.

III.

Considera que, cuando los pecados llegan a cierto y determinado número, hacen que Dios abandone al pecador. *El Señor espera con paciencia* -dice la Escritura,- para *castigar... en el día del juicio, colmada que sea la medida de los pecados.* (58) Si, pues, te vieres de nuevo tentado a pecar, ¡oh, Hermano mío!, no digas: «después me confesaré»; porque, si Dios te hace morir entonces súbitamente, si Dios te abandona, es claro que no te confesarás; y en tal caso, ¿qué será de ti por toda la eternidad? He ahí por qué tantos se han

(57) *Dixisti: Non serviam.*

(58) *Deus patienter exspectat, ut quum judicii dies advenerit, in peccatorum planitudino puniat. (I Mach., VI, 14.)*

condenado. Ellos también esperaban el perdón; pero les sorprendió la muerte, y se perdieron. Teme que te sobrevenga a ti la misma desgracia; que no merece misericordia quien se sirve de la bondad de Dios para ofenderle. Después de tantos pecados como Dios te ha perdonado, debes justamente temer que no te perdone más, si vuelves a cometer otro pecado mortal. Dale gracias por haberte esperado hasta ahora y toma en este momento mismo la inquebrantable resolución de sufrir la muerte antes que cometer otro pecado. Dile siempre:

Señor, basta lo que os he ofendido; la vida que me queda no la quiero emplear en ofenderos, que Vos no lo merecéis: quiero emplearla sólo en amaros y en llorar las ofensas que os he hecho. Me arrepiento, Jesús mío, con todo mi corazón; os quiero amar; dadme la fuerza de amaros.

María, Madre mía, ayudadme.

MEDITACIÓN PARA EL MIÉRCOLES.

De la muerte.

I.

Considera que esta vida ha de acabarse. Pronunciada está ya la sentencia: has de morir. La muerte es cierta; pero no se sabe cuándo llegará. Para mo-

rir, basta un ataque apoplético, una vena que se te rompa en el pecho, un catarro sofocante, una fiebre, un vómito de sangre, la picadura de un insectillo venenoso, un dolor de costado, una llaga, una inundación, un terremoto, un rayo basta para quitarle la vida. La muerte te asaltará cuando menos te pienses. ¡Cuántos se acostaron sanos y amanecieron cadáveres? ¿Y no podría sucederte a ti lo mismo? De los que han muerto repentinamente, ninguno esperaba morir así; y, sin embargo, así murieron. Si se hallaban en pecado, ¿dónde están ahora y dónde estarán por toda la eternidad?

Pero, sea lo que fuere, es cierto que llegará un tiempo en el cual para ti anochecerá y no amanecerá, o bien amanecerá y no anochecerá. «*Vendré como ladón*», dice Jesucristo; es decir, cuando menos lo pienses y muy de callada. Te lo avisa con tiempo este tu amante Señor, porque desea tu salvación. Corresponde, pues, a tu Dios; aprovéchate del aviso; prepárate a bien morir antes que llegue la muerte.

Estad preparados. (59) Entonces no es tiempo de prepararse, sino de hallarse preparado. Es cierto que has de morir. Ha de concluir para ti la escena de este mundo, y no sabes cuándo. ¿Quién sabe si será dentro de un año o dentro de un mes? ¿Quién sabe si mañana mismo estarás vivo? ¡Jesús mío, iluminadme y perdonadme!

(59) Estote parati. (*Lc.*, XII, 40.)

II.

Considera que en la hora de la muerte te hallarás tendido en una cama, asistido por un Sacerdote que te recomendará el alma, rodeado de parientes que te llo-rarán, con el Crucifijo a la cabecera y la candela ben-dita a los pies, ya próximo a pasar a la eternidad. Te acometerán dolores de cabeza, tendrás obscurecidos los ojos, abrasada la lengua, cerrada la garganta, el pecho oprimido, helada la sangre, consumida la carne y traspasado de pena el corazón: dejarás al morir to-das las cosas, y pobre y desnudo te echarán a pudrir en una hoyo. Allí los gusanos y otros animales inmundos roerán todas tus carnes, y no quedará de ti sino algu-nos huesos descarnados, un poco de polvo hediondo, y nada más. Abre una sepultura y mira a qué se ha reducido aquel ricachón, aquel avariento, aquella mu-jaer vana. Así se acaba la vida.

En la hora de la muerte, te verás rodeado de de-monios, que te pondrán a la vista todos los pecados cometidos desde tu niñez. Ahora el demonio, para inducirte a pecar, encubre y excusa tus culpas. Dice que no es un gran mal aquella vanidad, aquel pla-cker, aquella amistad, aquel rencor que fomentas en tu pecho; que no tienes mal fin en aquella conversa-ción. Pero en el instante de la muerte te descubrirá la gravedad de tu pecado, y a la luz de la eternidad en que estarás próximo a entrar, conocerás cuán mal

haya sido el haber ofendido a un Dios infinito. Apresúrate a remediarlo ahora que tienes tiempo, porque entonces el tiempo te faltará.

III.

Considera que la muerte es un momento del cual depende la eternidad. Hállase el hombre ya próximo a expirar, y por consiguiente próximo a entrar en una de las dos eternidades. Su suerte depende de aquel último suspiro, después del cual, en un instante, se halla el alma, o salva o condenada para siempre. ¡Oh, último suspiro! ¡Oh, momento del cual depende una eternidad de gloria o de pena; una eternidad siempre feliz o siempre desdichada; una eternidad de goces o de tormentos; una eternidad de toda clase de bienes o de toda clase de males; una eternidad, en fin, de Gloria o de infierno! Es decir, que si en aquel momento te salvás, no habrá para ti más desventura, estarás siempre contento y serás feliz; pero si yerras el golpe y te condenas, estarás siempre afligido y desesperado mientras Dios sea Dios. En la muerte, conocerás lo que quiere decir Gloria, infierno, pecado, Dios ofendido, ley de Dios despreciada, pecados callados en confesión, hurto no restituido: «Desventurado de mí! -dirá el moribundo- de aquí a pocos momentos he de comparecer delante de Dios. ¿Y quién sabe la sentencia que me ha de tocar? ¿Adónde iré? ¿Al Cielo o al in-

fierno? ¿A gozar con los Angeles, o a arder con los condenados? ¡Ay de mí! Dentro de poco lo sabré; y donde entre por vez primera, allí quedaré eternamente. ¡Ah! De aquí a pocas horas, de aquí a pocos momentos, ¿qué será de mí? ¿Qué será de mí, si no reparo aquel escándalo, si no restituyo aquel hurto, aquella fama, si no perdono de corazón a mi enemigo, si no me confieso bien?» Entonces detestarás mil veces el día en que pecaste, el deleite de que disfrutaste, la venganza que tomaste; pero demasiado tarde y sin fruto, porque lo harás por puro miedo al castigo y no por amor de Dios. -¡Ah, Señor! He aquí que desde este momento me convierto a Vos; no quiero esperar a que venga la muerte; desde ahora os amo, me abrazo con Vos.

Madre mía, María, haced que yo muera bajo el manto de vuestra protección; ayudadme en aquel trance.

MEDITACIÓN PARA EL JUEVES.

Del Juicio.

I.

Considera que, apenas el alma haya salido del cuerpo, será conducida ante el tribunal de Dios para ser juzgada. El *juez* es un Dios Todopoderoso, ultrajado por ti y sumamente airado. Los *acusadores*

son los demonios, tus enemigos; el *proceso*, tus propios pecados; la *sentencia* es inapelable; la *pena*, el infierno. Allí no hay compañeros, ni parientes, ni amigos; entre Dios y tu alma ha de resolverse tu causa. Entonces comprenderás la fealdad de tus pecados y no podrás disculparlos, como lo haces ahora. Serás examinado sobre tus pecados de pensamiento, de palabra, de complacencia, de obra, de omisión y de escándalo; todo se ha de pesar en aquella gran balanza de la justicia divina, y con que te halles falto de una sola cosa grave, estarás perdido.

¡Jesús mío y juez mío, perdonadme antes de hacerme comparecer en vuestro juicio!

II.

Considera cómo la justicia divina juzgará a todas las gentes en el valle de Josafat, cuando, acabado el mundo, resuciten los cuerpos, para recibir, juntamente con las almas, premio o castigo según sus obras.

Reflexiona que, si te condenas, volverás a tomar este mismo cuerpo, que servirá de eterna prisión a tu alma desgraciada. En aquel amargo encuentro el alma maldecirá al cuerpo y el cuerpo maldecirá al alma; de modo que el alma y el cuerpo, que ahora se ponen de acuerdo para buscar placeres prohibidos, se unirán, a pesar suyo, después de la muerte, para ser verdugos el uno del otro. Al contrario, si te

salvas, este tu cuerpo resucitará todo hermoso, imposible y resplandeciente; y así, en alma y cuerpo, irás a gozar de la vida bienaventurada.

Considera que este será el fin de la escena de este mundo: desaparecerán todas las grandes, placeres y pompas de esta tierra; todo acabará: sólo quedarán las dos eternidades, una de gloria y otra de pena, una dichosa y otra infeliz, una de goces y otra de tormentos; en el Cielo, los justos; en el infierno, los pecadores. ¡Desgraciado entonces el que haya amado el mundo y por los miserables gustos de esta tierra haya perdido todo: alma, cuerpo, Bienaventuranza y Dios!

III.

Considera la sentencia eterna. El Soberano juez, Jesucristo, se volverá primero contra los réprobos y les dirá: «¡Ingratos, todo se acabó para vosotros! ¡Ha llegado mi hora, hora de verdad y de justicia, hora de indignación y de venganza! ¡Criminales! Habéis amado la maldición, caiga sobre vosotros. Sed malditos en el tiempo y en la eternidad. Apartaos de mi presencia; id, privados de todos los bienes y cargados de todos los males, al fuego eterno: «*Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno.* (60)

(60) Discedite a me, maledicti, in ignem æternum (Mt., XXV, 41)

Después se volverá a los escogidos y les dirá: «Venid, vosotros, benditos hijos míos, venid a poseer el reino de los Cielos, que os está preparado. Venid, no ya a llevar la cruz en pos de Mí, sino a participar de mi corona. Venid a ser herederos de mis riquezas y compañeros de mi gloria. Venid a cantar eternamente mis misericordias. Venid del destierro a la patria, de las miserias al gozo, de las lágrimas a la alegría, de las penas al eterno descanso:» *Venid, los benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros.* (61)

Jesús mío, yo espero ser también uno de estos hijos afortunados. Os amo sobre todas las cosas; bendecidme desde ahora, y bendecidme también Vos, ¡oh, dulce Madre mía, María!

MEDITACIÓN PARA EL VIERNES.

Del infierno.

I.

Considera que el infierno es una prisión infelísima, llena de fuego. En este fuego están sumergidos los condenados, teniendo un abismo de fuego por encima, en derredor y por debajo. Tienen fuego

(61) *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum.* (*Mt., XXV, 34.*)

en los ojos, fuego en la boca, fuego por todas partes. *Cada sentido* tiene su propia pena. Los ojos son atormentados por el humo y las tinieblas, y esparcidos por la vista de los otros condenados y de los demonios. Los oídos oyen de día y de noche perpetuos alaridos, llantos y blasfemias. El *olfato* está atormentado por el hedor de aquellos innumerables cuerpos corrompidos. Y el *gusto* por ardentísima sed y hambre de perros, sin poder alcanzar una gota de agua, ni una migaja de pan. Por lo cual, aquellos infelices encarcelados, abrasados por la sed, devorados por el fuego, afligidos por todos los tormentos, lloran, prorrumpen en alaridos, se desesperan; mas no hay ni habrá quien los alivie y consuele. ¡Oh, infierno, infierno! ¡Cuántos hay que no quieren creer en ti hasta que no caen en tus abismos! Y tú, Hermano mío, ¿que dices Si debieras morir ahora,; adónde irías? Tú, que no puedes sufrir el ardor de una chispa de fuego que te salte a la mano, ¿podrás estar en un lago de fuego que te abrase, desconsolado y abandonado de todos, por toda una eternidad?

II.

Consideran después la pena que tendrán las *potencias* del alma.

La *memoria* será siempre atormentada por el remordimiento de la conciencia. Este es aquel gusano

que sin cesar roerá al condenado al pensar que se ha perdido voluntariamente y por unos bestiales y envenenados placeres. ¡Oh, Dios! ¿Qué le parecerán entonces aquellos momentos de placer, después de ciento, después de mil millones de años de infierno? Este gusano le recordará el tiempo que Dios le dio para expiar sus culpas, los medios que le proporcionó para salvarse, los buenos ejemplos de los compañeros, los propósitos hechos y no cumplidos. Entonces verá que ya no hay remedio a su eterna ruina. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Y cómo estos pensamientos doblarán su infierno!

La *voluntad* estará siempre contrariada nunca alcanzará nada de cuanto desea y siempre tendrá lo que aborrece, es decir, todos los tormentos.

El *entendimiento* conocerá el gran bien perdido, a saber: la Bienaventuranza y Dios. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Perdonadme por amor de Jesucristo.

III.

Pecador, a quien nada importa perder el Cielo ni perder a Dios: cuando veas a los Bienaventurados triunfar y gozar en el reino de los Cielos, mientras tú, cual perro hediondo, serás excluido de aquella patria bienaventurada y privado de la hermosa presencia de Dios, de la compañía de María Santísima, de los Ángeles y de los Santos, conocerás, ¡ay!, tu

espantosa ceguedad, y dirás desesperado: «¡Oh, Paraíso de eternos contentos! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Bien infinito! ¡Conque no eres ni jamás serás mío! ¡Desventurado de mí!...»

Ea, Hermano mío, haz penitencia, muda de vida, no esperes a que a ti también te falte tiempo. Entrégate a Dios, empieza a amarle de veras. Ruega a Jesús, ruega a María Santísima, que tengan piedad de ti.

MEDITACIÓN PARA EL SÁBADO.

De la eternidad de las penas.

I.

Considera que el infierno no tiene fin: en él se padecen todas las penas y todas son eternas. De modo que pasarán cien años de aquellas penas, pasarán mil, y el infierno estará como si entonces empezara; pasarán cien mil siglos, cien millones, mil millones de años y de siglos, y el infierno seguirá lo mismo que el primer día.

Si un ángel llevase ahora a un condenado la noticia de que Dios quería sacarle del infierno cuando hubiesen pasado tantos millones de siglos cuantas son las gotas de agua del mar, los granos de arena de la tierra y las hojas de los árboles, tú al saberlo

quedarías atónito y lleno de horror en vista de ese prodigioso número de siglos pasados en los tormentos. Y sin embargo, es indudable que aquél haría por tal anuncio más fiestas que tú si te anunciaran que habías sido hecho monarca de un gran reino. Sí, porque diría el condenado: «Verdad es que han de pasar tantos siglos, pero llegará un día en que han de acabarse.» Pero, ¡ay!, pasarán todos esos siglos, y el infierno estará en su principio; se multiplicarán tantas veces cuantas son los granos de arena las gotas de agua y las hojas de los árboles, y el infierno no habrá disminuido un punto. Cualquier condenado se contentaría con que Dios le aumentase sus penas y se las prolongase cuanto le pareciese, con tal que por ultimo tuvieran término; mas este término no lo tendrán jamás.

Si pudiese a lo menos el pobre condenado engañarse a sí mismo, forjarse ilusiones y decir: «¿Quién sabe? ¡Acaso Dios algún día tenga piedad de mí y me saque del infierno!» Pero, no: el réprobo tendrá siempre delante de sus ojos escrita la sentencia de su condenación eterna, y no podrá menos de decir: «¿Conque todas estas penas que sufro ahora, este fuego, esta amargura, estos gritos, no han de acabar nunca? No. ¿Y cuánto tiempo durarán? Durarán siempre. ¡Siempre! ¡Oh, siempre!, ¡oh, eternidad!, ¡oh, infierno!. ¿Cómo? ¿Los hombres creen en ti y pecan? ¿Y siguen siempre viviendo en el pecado?

II.

Hermano mío, ten cuidado: piensa que también para ti hay infierno, si pecas. Ya está encendida bajo tus pies aquella formidable hoguera; ahora mismo que esto lees, ¡oh!, ¡cuántas almas están cayendo en ella! Piensa que si tú también llegas a entrar, no podrás salir jamás. Si alguna vez has merecido el infierno, da a Dios gracias por no haberte precipitado en él y luego al punto remedia el mal que has hecho, en cuanto te sea posible: llora tus pecados, toma los remedios oportunos para salvarte, confiesa con frecuencia, lee este u otro librito espiritual todos los días, sé devoto de María Santísima, rézale el rosario cada día y ayuna en su honor cada sábado, resiste a las tentaciones invocando repetidas veces los poderosísimos nombres de Jesús y de María, huye de las ocasiones de pecar; y si además te llama Dios a dejar el mundo, hazlo pronto. Cuanto se haga para evitar una eternidad de penas es poca cosa, es nada. *No hay seguridad que baste* -dice San Bernardo- *cuando peligra la eternidad.* (62) No hay precaución bastante para asegurarse la eternidad bienaventurada. ¡Mira cuántos anacoretas, para librarse del infierno, han ido sepultarse en a las grutas y desiertos! Y tú, ¿qué haces después de haber

(62) Nulla nimia securitas, ubi periclitatur æternitas.